

Conferencia Pathwork N°180
Marzo 13, 1970

EL SIGNIFICADO ESPIRITUAL DE LA RELACIÓN HUMANA

Saludos, mis muy, muy, queridos amigos. Bendiciones para cada uno de ustedes. Bendita sea su vida misma, cada una de sus respiraciones, sus pensamientos y sentimientos.

Esta conferencia trata de las relaciones y su tremendo significado desde el punto de vista espiritual - el del crecimiento y la unificación individual. En primer lugar, me gustaría señalar que en el nivel humano de manifestación existen unidades individuales de conciencia que a veces armonizan, pero muy a menudo entran en conflicto entre sí, creando fricción y crisis. Sin embargo, más allá de este nivel de manifestación, no hay otras unidades de conciencia fragmentadas. Por encima del nivel humano hay una sola conciencia, de la cual cada entidad creada particular es una expresión diferente. Cuando uno llega a ser lo que uno realmente es, experimenta esta verdad, sin perder, sin embargo, un sentido de individualidad. Esto se puede sentir muy claramente cuando tratan con sus faltas de armonía interiores, mis amigos, dado que también allí se aplica exactamente el mismo principio.

En tu estado actual, una parte de tu ser más interior está desarrollada y gobierna tu pensamiento, sentimientos, voluntad y acciones. Hay otras partes, todavía en un estado más bajo de desarrollo, que también gobiernan e influyen en tu pensamiento, sentimiento, voluntad y acciones. Entonces te encuentras dividido y esto siempre crea tensión, dolor y ansiedad, como así también dificultades internas y externas. Algunos aspectos de tu personalidad están en la verdad y otros en el error y la distorsión. La confusión resultante causa graves perturbaciones. Lo que haces generalmente es hacer a un lado una parte, identificándote con la otra. Sin embargo, esta negación de una parte de ti no puede traer unificación. Al contrario, ensancha la escisión. Lo que se debe hacer es sacar a la luz el lado conflictivo y desviado y enfrentarlo - enfrentar la ambivalencia completa. Sólo entonces encuentras la realidad última de tu yo unificado. Como sabes, la unificación y la paz emergen en la medida en que reconoces, aceptas y entiendes la naturaleza del conflicto interior.

Exactamente la misma ley se aplica a la unidad o al desacuerdo entre entidades externamente diferentes y separadas. Ellas también son una unidad más allá del nivel de las apariencias. El desacuerdo no es causado por diferencias reales entre unidades de conciencia sino, tal como en el individuo, por diferencias en el desarrollo de la conciencia universal que se manifiesta.

Aunque el principio de unificación es exactamente el mismo dentro de los individuos y entre ellos, no puede aplicarse a otro ser humano a menos que haya sido aplicado primero al propio yo interior. Si no abordas las partes divergentes de tu yo de acuerdo con esta verdad y no enfrentas, aceptas y entiendes tu ambivalencia, el proceso de unificación no se puede poner en práctica con otra persona. Éste es un hecho muy importante que explica el gran énfasis que pone este *pathwork* en abordar primero al yo. Sólo entonces se pueden cultivar las relaciones de un modo significativo y efectivo.

Trataré ahora de esbozar algunos elementos de desacuerdo y unificación entre los seres humanos que están en relación, y mostraré su paralelo con el proceso individual. Antes de hacerlo, me gustaría decir que la relación representa el desafío más grande para el individuo, ya que sólo en la relación con otros los problemas no resueltos que

aún existen dentro de la psiquis individual se ven afectados y son activados. Es por eso que muchos individuos se retraen de la interacción con otros. A veces puede mantenerse la ilusión de que los problemas surgen de la otra persona, cuando uno se siente perturbado sólo en su presencia y no cuando está solo.

Estar solo hace surgir el pedido interno de contacto y cuanto menos se cultiva el contacto, más agudo se vuelve el anhelo. Entonces, éste es un tipo diferente de dolor: el dolor de la soledad y la frustración. Pero el contacto hace difícil mantener por mucho tiempo la ilusión de que el yo interior es armonioso y sin fallas. Requiere una aberración mental afirmar por mucho tiempo que los problemas en las relaciones son causados sólo por los demás y no por uno mismo. Por eso las relaciones son, simultáneamente, una plenitud, un desafío y un indicador del propio estado interior. La fricción que surge de la relación con los demás puede ser un agudo instrumento de purificación y autorreconocimiento, si uno se inclina a usarlo.

Al retirarse de este desafío y sacrificar la plenitud del contacto íntimo, muchos problemas interiores nunca se ponen en juego. La ilusión de paz interior y unidad que proviene de evitar relacionarse ha incluso llevado al concepto de que el crecimiento espiritual avanza con el aislamiento. Nada podría estar más alejado de la verdad. Sin embargo, esta declaración no debe confundirse con la noción de que los intervalos de retiro son necesarios para la concentración interior y la confrontación con uno mismo. Pero estos períodos deberían alternar siempre con el contacto con otros - y cuanto más íntimo sea tal contacto, más expresará madurez espiritual.

El contacto y la falta de contacto con los demás se puede observar en varias etapas. Hay muchos grados de contacto entre los extremos burdos de total aislamiento interior y exterior, por un lado, y el relacionarse más profundo e íntimo, por el otro, tal como la capacidad de amar y aceptar a los demás, tratar con los problemas mutuos que aparecen, encontrar el equilibrio entre hacerse valer y ceder, dar y recibir, y estar agudamente consciente de los niveles que interactúan. Hay quienes han obtenido cierta habilidad superficial para relacionarse, pero que aún se retraen de un mutuo revelarse más significativo, abierto y sin máscaras. Podría decir que el ser humano promedio de hoy día fluctúa en algún lugar entre los dos extremos.

También es posible medir el sentimiento personal de plenitud mediante la profundidad del relacionarse y el contacto íntimo, mediante la fuerza de los sentimientos que uno se permite experimentar y mediante la disposición a dar y recibir. La frustración indica una ausencia de contacto que, a su vez, es un indicador preciso de que el yo se retrae del desafío de la relación, sacrificando así la plenitud, el placer, el amor y la alegría personales. Cuando deseas compartir sólo sobre la base de recibir de acuerdo a tus propias condiciones, y de hecho secretamente no estás dispuesto a compartir, tus anhelos habrán de quedar insatisfechos. Sería bueno que la gente considerara sus anhelos insatisfechos desde este punto de vista, en vez de entregarse a la suposición usual de que uno no tiene suerte y que es la vida la que nos lo hace injustamente.

La propia satisfacción y plenitud en las relaciones es una unidad de medida del desarrollo propio que está muy descuidada. La relación con otros es un espejo del propio estado y, por lo tanto, una ayuda directa para la autopurificación. A la inversa, sólo siendo honesto consigo mismo y enfrentándose a sí mismo minuciosamente pueden sostenerse las relaciones, expandirse los sentimientos y florecer el contacto en relaciones de larga duración. Entonces, mis amigos, pueden ver que las relaciones representan un aspecto tremendamente importante del crecimiento humano.

El poder y el significado de las relaciones presentan a menudo problemas severos para aquellos que todavía están en la lucha de sus conflictos interiores. Cuando se elige el

aislamiento debido a la dificultad de contacto, el anhelo no satisfecho se vuelve insoportablemente doloroso. Esto sólo se puede resolver cuando te dedicas seriamente a buscar la causa de este conflicto dentro de tu yo, sin usar la defensa de la culpa aniquilante y el culparte a ti mismo, lo cual elimina, por supuesto, cualquier posibilidad de llegar realmente al centro del conflicto. Esta búsqueda, junto a la disposición interna de cambiar, deben cultivarse para escapar del dilema doloroso, en el cual ambas alternativas disponibles - el aislamiento y el contacto - son insoportables.

El miedo al placer está en gran medida conectado con el problema de tratar con los demás y de enfrentarse con la propia terca ceguera acerca del yo. También es importante recordar que el retraimiento puede ser muy sutil y no notarse desde afuera, manifestándose solamente en una cierta actitud de estar en guardia y una autoprotección distorsionada. La buena camaradería exterior no necesariamente implica una capacidad y disposición para la cercanía interior. Para muchos, la cercanía es algo demasiado exigente. En la superficie esto parece estar relacionado con lo difíciles que son los demás, pero en realidad la dificultad reside en el yo, por imperfectos que puedan ser también los demás.

Cuando personas cuyo desarrollo espiritual está en niveles diferentes se involucran la una con la otra, es siempre la persona más altamente desarrollada la que tiene la responsabilidad por la relación. Específicamente, esa persona es responsable de buscar en las profundidades de la interacción qué crea cualquier fricción y falta de armonía entre ambas partes.

La persona menos desarrollada no es tan capaz de una búsqueda así, se encuentra aún en un estado de culpar al otro y depende de que el otro actúe "bien" para evitar el desagrado o la frustración. Además, la persona menos desarrollada siempre está atrapada en el error fundamental de la dualidad. Desde esta perspectiva ve cualquier fricción en términos de que "sólo uno de nosotros tiene razón". Un problema en el otro parece eximir de culpa automáticamente a esta persona, aunque en realidad su modo negativo de involucrarse puede ser infinitamente de más peso que el de la otra persona.

La persona más desarrollada espiritualmente es capaz de una percepción realista y no dualista. Esa persona podrá ver que cualquiera de los dos puede tener un problema profundo, pero eso no elimina la importancia del problema, posiblemente mucho menor, del otro. El más desarrollado estará siempre dispuesto y será capaz de buscar de qué modo está involucrado toda vez que se sienta afectado negativamente, por flagrante que pueda ser la falla del otro. Una persona de inmadurez y tosquedad espiritual y emocional siempre pondrá la mayor parte de la culpa sobre el otro. Todo esto se aplica a cualquier tipo de relación: parejas, padres e hijos, amistades o contactos de negocios.

La tendencia a hacerte emocionalmente dependiente de otros - tendencia cuya superación es un aspecto tan importante del proceso de crecimiento - proviene en gran medida de querer absolverte de la culpa o sacarte de la dificultad al establecer y mantener una relación. Parece mucho más fácil pasarle la mayor parte de esta carga a los demás. ¡Pero qué precio hay que pagar! Por cierto que hacer esto te hace impotente y causa aislamiento o dolor y fricción sin fin con los demás. La libertad se establece y las relaciones se vuelven fructíferas y dichosas sólo cuando empiezas a asumir verdaderamente la responsabilidad por ti mismo mediante la observación de tu propio problema en la relación y mediante una disposición a cambiar.

Si la persona más altamente desarrollada se rehusa a hacerse cargo del deber espiritual apropiado de asumir responsabilidad por la relación y buscar el centro del desacuerdo dentro de sí, nunca entenderá realmente la interacción mutua, cómo un problema afecta a la otra persona. Entonces la relación habrá de deteriorarse, dejando a ambas partes

confundidas y menos capaces de enfrentarse con el yo y con los demás. Por otra parte, si la persona espiritualmente desarrollada acepta esta responsabilidad, también ayudará al otro de un modo sutil. Si puede desistir de la tentación de explayarse constantemente acerca de los evidentes puntos negativos del otro y puede mirar hacia adentro, elevará su propio desarrollo considerablemente y esparcirá paz y dicha. Pronto se eliminará el veneno de la fricción. También se volverá posible encontrar otras parejas para un verdadero proceso de crecimiento mutuo.

Cuando dos iguales se relacionan, ambos llevan la plena responsabilidad por la relación. Ésta es, por cierto, una empresa hermosa, un estado de mutualidad profundamente satisfactorio. La imperfección más leve en un estado de ánimo será reconocida por su significado interno y así, el proceso de crecimiento se mantendrá. Ambos reconocerán su co-creación de esa imperfección momentánea - ya sea una fricción real o una momentánea desvitalización de los sentimientos. La realidad interna de la interacción se volverá cada vez más significativa. Esto habrá de prevenir el daño a la relación en gran medida.

Permíteme enfatizar aquí que, cuando hablo de ser responsable por la persona menos desarrollada, no quiero decir que otro ser humano pueda jamás llevar la carga de las dificultades reales de los demás. Esto nunca puede ser así. Lo que quiero decir es que las dificultades de interacción en una relación usualmente no son exploradas en profundidad por el individuo cuyo desarrollo espiritual es más primitivo. Éste hará a los demás responsables de su infelicidad y falta de armonía en una interacción dada y no será capaz, o no estará dispuesto a ver todo el asunto. Por lo tanto, esa persona no está en condiciones de eliminar la falta de armonía. Sólo pueden hacerlo aquellos que asumen la responsabilidad de encontrar la perturbación interior y el efecto mutuo. De aquí que la persona espiritualmente más primitiva dependa siempre de la más evolucionada espiritualmente.

Una relación entre individuos, en la cual la destructividad del menos desarrollado hace que el crecimiento, la armonía y los buenos sentimientos sean imposible, o en la cual el contacto es abrumadoramente negativo, debería ser cortada. Como regla, la persona más altamente desarrollada, debería asumir la iniciativa. Si no lo hace, esto indica alguna debilidad y miedo no reconocidos que necesitan ser enfrentados. Si una relación se disuelve sobre la base de que es más destructiva y causante de dolor que constructiva y armoniosa, esto debería hacerse cuando los problemas internos y las interacciones mutuas sean completamente reconocidos por aquel que toma la iniciativa de disolver un viejo lazo. Esto lo prevendrá de formar una nueva relación con corrientes e interacciones subyacentes similares. Esto también significa que la decisión de cortar la conexión se ha tomado en razón del crecimiento, y no como resultado del rencor, el miedo o como escape.

Explorar la interacción subyacente y los diversos efectos de una relación donde las dificultades de ambas personas son reveladas y aceptadas, no es, bajo ningún concepto, fácil. Pero nada puede ser más hermoso y gratificante. Quienquiera que llegue al estado de esclarecimiento donde esto es posible, ya no temerá ningún tipo de interacción. Las dificultades y el miedo surgen en la exacta medida en que todavía proyectas en los demás tus propios problemas para relacionarte y todavía haces responsables a los demás por cualquier cosa que vaya en contra de tus gustos. Esto puede tomar muchas formas sutiles. Puedes concentrarte constantemente en las fallas de los demás, porque a primera vista tal concentración te parece justificada. Sutilmente puedes enfatizar en exceso un lado de una interacción, o excluir otro. Tales distorsiones indican proyección y negación de la responsabilidad propia por las dificultades en relacionarse. Esta negación fomenta la dependencia de la perfección de la otra parte, lo

cual, a su vez, crea miedo y hostilidad por sentirse defraudado cuando el otro no llega a la altura de la pauta perfecta.

Mis queridos amigos, no importa lo que la otra persona hace mal, si están perturbados, debe haber algo en ustedes que están pasando por alto. Cuando digo perturbado, lo digo en un sentido particular. No hablo del enojo inequívoco que se expresa sin culpa y que no deja rastros de confusión interna ni de dolor. Me refiero al tipo de perturbación que surge del conflicto y engendra más conflicto. A pesar de haberte advertido repetidamente que no pases por alto tu propia parte en el conflicto, es muy difícil para la gente mirar hacia adentro y encontrar la fuente de la perturbación en sí misma. Incluso ustedes, mis amigos, que están buscando sinceramente la liberación y la unificación dentro de sí mismos, todavía están involucrados en profundas proyecciones en esta área.

Una de las tendencias favoritas de la gente es decir: "Tú me lo estás haciendo". El juego de hacer sentir culpables a los otros está tan generalizado que pasa constantemente inadvertido. Un ser humano culpa al otro, un país culpa al otro, un grupo culpa al otro. Éste es un proceso constante en el nivel de desarrollo actual de la humanidad. Es, por cierto, uno de los procesos más dañinos e ilusorios que uno pueda imaginarse.

Tal vez sólo unos pocos de ustedes puedan empezar a ver cómo están haciendo esto, y cuando lo vean, detenerlo sólo ocasionalmente. Empieza a cuestionarte y deja de echarle la culpa a los demás, lo cual es siempre una forma oculta de hostilidad que absuelve al yo. Uno obtiene placer haciendo esto, aunque el dolor y los conflictos irresolubles que le siguen sean infinitamente desproporcionados con el placer débil y momentáneo. Aquellos que hacen este juego verdaderamente hacen daño, a sí mismos y a los demás, y te recomiendo enfáticamente que empieces a darte cuenta de cómo te involucras ciegamente en este juego de pasarse la culpa.

Pero, ¿qué pasa con la "víctima"? ¿Cómo maneja esto esa persona? Como víctima tu primer problema es que ni siquiera te das cuenta de lo que está pasando. La mayor parte del tiempo la victimización sucede de un modo sutil, emocional e inexpressado. Sin una palabra, se echa la culpa silenciosa, encubierta e indirectamente; se expresa de muchas maneras indirectas. Entonces, obviamente, la primera necesidad es una toma de conciencia concisa y articulada ya que de no ser así, responderás inconscientemente de modos igualmente destructivos y falsamente autodefensivos. Entonces, ninguno de los dos conoce realmente los intrincados niveles de acción, reacción e interacción hasta que los hilos se vuelven tan enredados que parece imposible desenmarañarlos. Muchas relaciones se han tambaleado debido a tal interacción inconsciente.

Echar la culpa disemina veneno, miedo y al menos tanta culpa como uno intenta proyectar. Los receptores, aquellos que son culpados y hechos sentir culpables, podrán reaccionar de muchos modos diferentes de acuerdo con sus propios problemas y conflictos no resueltos. En tanto la reacción sea ciega y la proyección de culpa sea inconsciente, la contrarreacción habrá de ser también neurótica y destructiva. Sólo la percepción consciente puede impedir esto. Sólo entonces podrás rechazar una carga que están poniendo en ti. Sólo entonces podrás identificarla claramente y expresarla.

En una relación que vaya a florecer, uno deberá mantenerse atento a este peligro, que es aún más difícil de detectar porque la proyección de la culpa está tan extendida. Además, los receptores deberían buscar esto en sí mismos como así también en el otro. Y no quiero decir aquí una confrontación directa por algo equivocado que hizo la otra persona; me refiero a culparlo sutilmente por la infelicidad personal. Es esto lo que debe enfrentarse.

El único modo en el que puedes evitar volverte víctima de la culpa y de la proyección de culpa es evitando hacerlo tú mismo. En la medida en que te entregues a esta actitud sutilmente negativa - y podrás hacerlo de un modo diferente al modo en que te lo hacen a ti - no te darás cuenta de que te lo están haciendo y, por lo tanto, te volverás víctima de ello. La mera toma de conciencia hará toda la diferencia - sea que expreses verbalmente tu percepción y confrontes a la otra persona o no. Sólo podrás desactivar la proyección de culpa de otro en la medida en que, sin defenderte, explores y aceptes tus propias reacciones y distorsiones problemáticas, tus negatividades y destructividad. Sólo entonces no serás arrastrado a un laberinto de falsedad y confusión en el cual la incertidumbre, la debilidad y el estar a la defensiva podrán hacer que te retraigas o que te vuelvas excesivamente agresivo. Sólo entonces no confundirán más el hacerte valer con la hostilidad, o la concesión flexible con la sumisión insana.

Estos son los aspectos que determinan la habilidad para manejar apropiadamente las relaciones. Cuanto más profundamente se comprendan y se vivan estas nuevas actitudes, más íntima, plena y hermosa se volverá la interacción humana.

¿Cómo podrás hacer valer tus derechos e ir hacia el universo en busca de plenitud y placer, cómo podrás amar sin miedo, a menos que enfoques la relación con los demás del modo que esboce anteriormente? A menos que te purifiques al aprender a hacer esto, siempre habrá una amenaza en lo que se refiere a la intimidad: que uno o ambos recurran a usar el látigo de cargarse mutuamente con la culpa. Si estas trampas fuesen observadas, descubiertas y disueltas, el amar, el compartir y una profunda y satisfactoria cercanía a los demás podrían ser un poder puramente positivo sin ninguna amenaza. Es sumamente importante que las busquen en ustedes mismos, mis amigos.

El tipo de relación más desafiante, hermosa, importante espiritualmente y que produce más crecimiento es aquella entre el hombre y la mujer. El poder que reúne a dos personas en el amor y la atracción, y el placer involucrado en ello, son un pequeño aspecto de la realidad cósmica. Es como si cada entidad creada supiera inconscientemente de la dicha de este estado y buscara su realización del modo más potente disponible para la humanidad: en el amor y la sexualidad entre el hombre y la mujer. El poder que los acerca es la energía espiritual más pura, que conduce a un atisbo del estado espiritual más puro.

Sin embargo, cuando un hombre y una mujer permanecen juntos en una relación más duradera y comprometida, que la dicha se mantenga, y aún que ésta aumente, depende enteramente del modo en que los dos se relacionan. ¿Se dan cuenta de la relación directa entre placer duradero y crecimiento interior? ¿Usan las inevitables dificultades en la relación como medida de sus propias dificultades interiores? ¿Se comunican del modo más profundo, más verdadero y autorrevelador, compartiendo sus problemas interiores y ayudándose mutuamente, en vez de echarle la culpa al otro y eximirse a sí mismo de la propia? Las respuestas a estas preguntas determinarán si la relación se tambalea, se disuelve, se estanca... o florece.

Cuando mires el mundo que te rodea, verás sin duda que muy pocos seres humanos crecen y se revelan a sí mismos de un modo tan abierto. Y pocos también se dan cuenta de que crecer juntos y el uno a través del otro determina la solidez de los sentimientos, del placer y del amor y respeto duraderos. Por lo tanto, no es sorprendente que las relaciones que duran mucho tiempo estén casi invariablemente más o menos muertas en los sentimientos.

Las dificultades que surgen en una relación son siempre señales de algo que está siendo descuidado. Son un mensaje en voz alta para aquellos que puedan oírlo. Cuanto antes se tome éste en cuenta, más energía espiritual se liberará, de manera tal que el

estado de dicha pueda expandirse junto con el ser interior de ambos miembros de la pareja. Hay un mecanismo en una relación entre un hombre y una mujer que puede ser comparado con un instrumento muy finamente calibrado que muestra los aspectos más finos y sutiles de la relación y el estado individual de las dos personas involucradas. Esto no lo reconocen lo suficiente ni siquiera las personas más conscientes y sofisticadas, que están familiarizadas con la verdad espiritual y psicológica en los demás aspectos de ella. Cada día y cada hora, el estado interior y los sentimientos son un testimonio del estado de crecimiento propio. En la medida en que esto sea tomado en cuenta, florecerán la interacción, los sentimientos y la libertad de fluir, interior y recíprocamente.

La relación perfectamente madura y espiritualmente válida siempre debe estar conectada profundamente con el crecimiento personal. En el momento en el que se experimenta una relación como irrelevante para el crecimiento interior y se la abandona a sí misma, por así decirlo, habrá de tambalearse; tarde o temprano habrá de hacerlo. Y éste es el destino de la mayoría de las relaciones humanas, especialmente la relación íntima entre dos compañeros. Las relaciones no se reconocen como un espejo del crecimiento interior, entonces se desgastan gradualmente. El primer vapor se desvanece y nada queda. Ya sea la fricción y el desacuerdo abiertos o el estancamiento y el aburrimiento, malograrán lo que una vez fue muy prometedor.

Sólo cuando ambos crecen hasta el máximo de su potencial inherente, la relación puede volverse más y más dinámica y viva. Este trabajo debe hacerse individual y mutuamente. Cuando la relación se enfoca de este modo, será construida sobre una roca y no sobre arena. En tales circunstancias, jamás habrá lugar para ningún temor. Los sentimientos se expandirán y crecerá la seguridad acerca del yo y acerca del otro. En cualquier momento, cada miembro de la pareja servirá como espejo del estado interior del otro y, por lo tanto, de la relación.

Toda vez que haya fricción o desvitalización, será porque hay algo atascado, algo que se debe ver. Alguna interacción entre las dos personas permanece sin esclarecer. Si esto se entiende y se saca a la luz, el crecimiento continuará a máxima velocidad y, en la dimensión de los sentimientos, la felicidad, la dicha, la experiencia profunda y el éxtasis se volverán por siempre más profundos y más hermosos, y la vida adquirirá más significado.

Inversamente, el miedo a la intimidad implica rigidez y la negación a ver la parte que a uno le corresponde en las dificultades de la relación. Cualquiera que ignore estos principios, o que los diga sólo de la boca para afuera, no está listo emocionalmente para asumir la responsabilidad por su sufrimiento interno, ya sea dentro de una relación o a raíz de su ausencia. Este estado también causa miedo de los sentimientos propios. Te encuentras aún en ese estadio primitivo en el que le pasas la culpa a otros. En tales condiciones, el miedo y la incertidumbre harán imposible hallar dicha y cercanía, cercanía sin miedo.

Por lo tanto, ustedes ven, mis amigos, que es de la mayor importancia reconocer que la dicha y la belleza, que son realidades espirituales eternas, están disponibles para todos aquellos que buscan dentro de su corazón la clave para los problemas de la interacción humana, como así también para la soledad. El verdadero crecimiento es una realidad espiritual tanto como la plenitud profunda, la vitalidad vibrante y el relacionarse dichosa y alegremente. Cuando estés interiormente listo para relacionarte con otro ser humano de esta forma, encontrarás la pareja apropiada con quien esta manera de compartir sea posible. Cuando uses esta importantísima clave, esto no te asustará más, no te plagará de temores conscientes o inconscientes. Cuando la transición significativa haya tenido lugar en tu vida, nunca más podrás sentirte impotente o víctima, y ya no harás a los

demás responsables por lo que tú experimentas o no logras experimentar. Entonces, el crecimiento y el hermoso vivir en plenitud se volverán uno y lo mismo.

Que todos ustedes se lleven este nuevo material y una energía interior que ha sido despertada por su buena voluntad. Que estas palabras sean el comienzo de una nueva modalidad interna de encontrarse con la vida, para finalmente tomar la decisión: "Yo quiero arriesgar mis buenos sentimientos. Quiero buscar la causa en mí, en vez de en la otra persona, para volverme libre para amar." Este tipo de meditación dará frutos, por cierto. Si se llevan un germen, una partícula de esta conferencia, habrá sido verdaderamente fructífera. Benditos sean todos ustedes, mis muy queridos amigos, para que se vuelvan los dioses que potencialmente son.

Copyright © por la Pathwork Foundation